

la puesta en marcha de la reestructuración del campo.

4. No obstante, para la opción —que hoy es la más común, porque es la más asequible que pretende la resolución parcializada de las necesidades concretas de núcleos o colectivos de población reducidos, el reto es distinto. Se trata en este caso de conjugar a un tiempo la cualificación técnica y la eficacia de los proyectos, la capacidad de precisión y la inteligencia para el aprovechamiento de los recursos disponibles.

El obstáculo principal que se interpone en este camino es la invertebración de las iniciativas, la no articulación de los agentes, la atomización de los esfuerzos en mil experiencias voluntariosas abandonadas casi siempre a lo que dé de sí la fuerza de sí misma.

El levantamiento de estructuras organizativas consistentes y funcionales a la vez y su articulación en formas superiores para la acumulación de fuerzas, se presenta como un norte insoslayable para quienes personal, profesional o políticamente se hallen implicados en la promoción sociocultural del campo y no quieran ver su trabajo convertido en aportación marginal cuando no frustrada.

5. Ha sido precisamente mi vinculación a la práctica de la promoción de áreas rurales la que me ha llevado a plantear, como condicionante básica del futuro de la promoción sociocultural en general, su vinculación a los procesos productivos, a la creación de trabajo, a la innovación tecnológica, a la creación de riqueza. Sin duda, es cierto que en el campo la vinculación primera de la promoción sociocultural debe establecerse con la dinamización comunitaria; es decir, con el aprovechamiento del capital humano aún remanente aunque seriamente diezmado en su cantidad y, sobre todo, en sus componentes cualitativos.

Pero sobre todo, es ya imprescindible establecer formas creativas de conexión para el maridaje Producción-Cultura y Cultura-Producción.

El punto de partida operativo para esta conexión descansa en la por todos reconocida riqueza de patrimonio natural y cultural que, generalmente, poseen las comarcas rurales.

A partir de ello cabe una intervención que trabaje sobre estos factores culturales, no sólo desde el tradicional punto de vista de su conservación y recuperación, sino desde su consideración como materia bruta para una elaboración productiva. Por otra parte, no por obvio —o acaso precisamente por serlo— debe dejar de insistirse en la necesidad de la consideración y el tratamiento de los factores culturales —actitudes básicas, esquemas mentales, hábitos de

comportamiento, esquema de valores etcétera, a la base de cualquier programa o iniciativa de naturaleza económica que pretenda ser eficaz. Pues en la sociedad rural, más que en ningún otro sustrato social, tales elementos culturales actúan normalizadamente como lastras o rémoras cuando no como anclas o diques.

En este sentido, la labor de promoción cultural claramente debe desbordar los marcos habituales de la conservación, la recuperación, la educación de adultos, etcétera, para plantear el reto de la innovación cultural al servicio del fomento de la creatividad social.

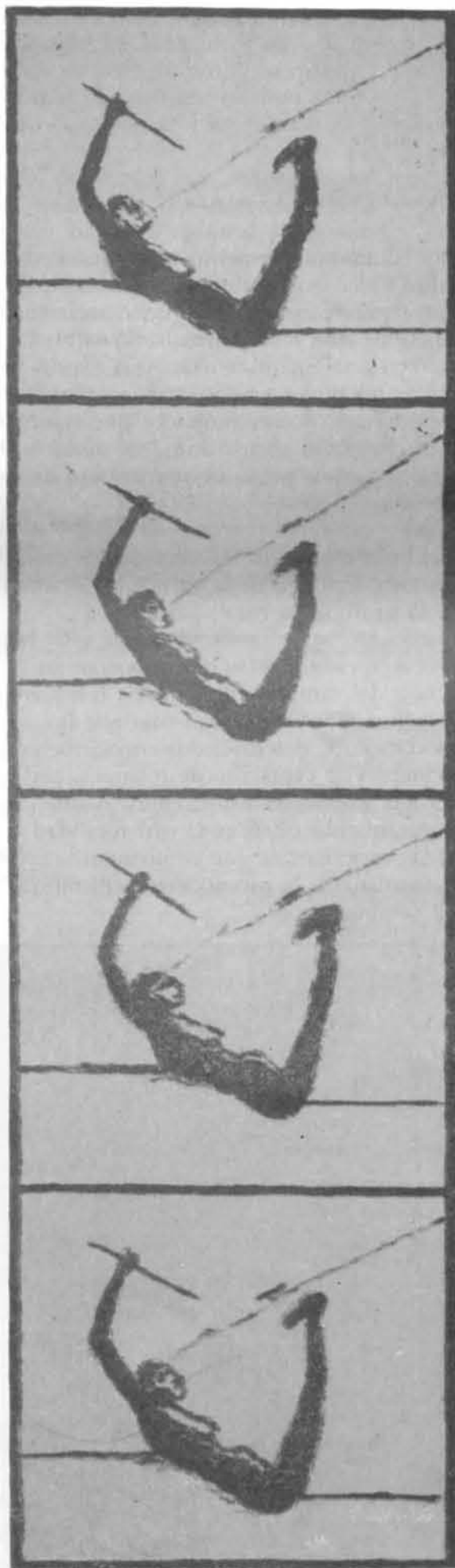
6. Quiero, finalmente, en esta sucinta labor de trazado de nortes para la intervención sociocultural en las comarcas rurales, apuntar a uno que es de estricta prescripción constitucional: la normalización de los servicios culturales en estas áreas.

Y no quiero aquí marcar el acento en la obligatoriedad de la prestación de tales servicios a los que el campesino, que no es un ciudadano de segunda, tiene igual derecho.

Prefiero insistir, en cambio, en el dato de la grave pérdida de recursos humanos que supone el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre en otro tipo de servicios públicos, no existe la posibilidad de que las voluntades se aunen y por lo tanto, se multipliquen a través de su vinculación a infraestructuras, presupuestos, programas, calendarios, actividades, personal técnico, etcétera. Que éste es precisamente el valor de agente de transformación social que puede cumplir una red normalizada de servicios culturales públicos.

Mientras esto llega, cabe, sí, por negativo, concitar la unión de voluntades en su exigencia y en su reivindicación.

Reivindicación movilizadora que, para ser más eficaz, debería estar vinculada a planteamientos y propuestas de desarrollo local como marco más idóneo para que, en paralelo a los proyectos macro, recuperen su creatividad y su capacidad de aportación las iniciativas micro que se promueven desde las instancias varias —trabajo, cultura, educación, servicios sociales, juventud, promoción de la mujer, etcétera— que conforman la calidad de vida y el bienestar de una comunidad.



Detalle: «En nuestro ser, 1987» JUAN MARTÍNEZ

* AVELINO HERNÁNDEZ LUCAS, director técnico del programa Culturalcampo, del Ministerio de Cultura. Este texto forma parte de la ponencia presentada por Avelino, en las Jornadas Europeas de Información sobre la Promoción Sociocultural en el Medio Rural.